



LA CRISTIANIZACIÓN ESPAÑOLA DE ASIA

GABRIEL TEROL ROJO

TOMANDO como punto de partida la pregunta: ¿qué motivó a los occidentales a viajar hacia Oriente?, su respuesta plantea dos aspectos importantes de la vida social: el comercio y la religión. Concretamente vamos a repasar los intereses religiosos que motivaron esos enormes y arriesgados viajes y, entre sus protagonistas, vamos a destacar la aportación española y la de aquellos valencianos que dedicaron sus vidas a cristianizar aquellas tierras convirtiéndose en los primeros orientalistas valencianos. Con tal finalidad, repasaremos la historia del cristianismo primitivo, presentaremos los orígenes de las órdenes mendicantes —dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas— para contextualizar las primeras misiones, y señalaremos las órdenes y misioneros más importantes, con una especial atención a los españoles, y entre ellos, a los valencianos.

La historia del cristianismo primitivo es muy compleja, pero podemos destacar de ella su influencia y poder en el Imperio Romano. En el siglo III se convierte en la organización política más influyente y un siglo más tarde se institucionaliza como la religión principal del Estado. Con el poder que significa dicho reconocimiento, se hace imprescindible ordenar las diversas manifestaciones de cristianismo que habían surgido y evolucionado y, de este modo, se institucionaliza una ortodoxia que no duda en separar las heterodoxias. Entre las tres que quedan denigradas

en el período que abarca los siglos IV y V, a saber, el arrianismo, el nestorianismo y el monofisismo, la segunda nos va a resultar muy útil.

El nestorianismo, llamado así por Néstor, patriarca de Constantinopla, defiende una unión simplemente moral y accidental de las dos naturalezas de Cristo, —llegando a hablar de varias personas en Jesucristo, y no duda en afirmar que María, al ser sólo responsable de la humanidad de Jesús, no fue la madre de Dios sino sólo la de Cristo—. En el Concilio de Éfeso del 431 (Concilio Ecuménico) es condenado y con ello muchos monjes, especialmente de la zona de Siria, escaparon del imperio. Esta auténtica diáspora resultó muy importante para la historia de la ciencia y del pensamiento occidental. De entre sus excelentes aportaciones podemos destacar sus traducciones al siríaco, tres siglos más tarde, de textos originales griegos, la mayoría de los cuales no tardaron en traducirse al árabe y, posteriormente, al latín. Especial interés para





nuestras intenciones tiene la llegada de algunos de estos nestorianos a China. La evidencia más clara de su estancia proviene de un monumento que se erigió (781) para conmemorar su entrada en el año 635 en la actual Xi'an, capital de la dinastía Tang. De igual modo que harán sus colegas cristianos posteriormente, estos cristianos también ejercieron una gran influencia como transmisores de cultura, no siendo reducidas las teorías que sostienen que los alfabetos turco, uigur y mongol de la época deben mucho a estos eruditos. La evolución del nestorianismo en China es interesante: floreció hasta el año 845, cuando el emperador abolió la misión. En ese momento el antiguo cristianismo se unió a otras religiones y perdió su identidad llegando a limitarse a las zonas del noroeste del país, y no renacería hasta el siglo XII durante la dinastía Yuán, alcanzando de nuevo un cierto populismo en el siglo XIII.

Por su parte, la situación interna de la Europa cristiana occidental de la época requiere un breve repaso. La cristianización agustiniana de corte plotiniana del neoplatonismo es la tónica en la filosofía natural predominante. Caracterizada por no trazar fronteras entre la fe y la razón, con San Agustín se establece el objetivo del cristianismo de la época, es decir, la comprensión de la verdad cristiana aunando fe y razón, despreciando cualquier investigación sobre el mundo sensible. Lo más importante es Dios y su religión, y esto es determinante en la conocida “Regla de San Agustín” junto a la denominada “Regla de San Benito” basada en la popular *Ora et labore*, que reglamenta la actividad monacal (orden benedictina). No obstante, a pesar de estas novedosas normativas que sacralizan la vida monacal, la necesidad de retornar a ciertos planteamientos del cristianismo primitivo, como la pobreza, reforzaron una interpretación más estricta de estas reglas en búsqueda de una mayor austeridad que se enfrentaba al auge económico, comercial y de producción de la época que facilitaba un bienestar material relajador de las costumbres. En esta tónica cabían dos opciones: o se alteraban las Órdenes desde dentro o se proponía un cambio global, de toda la Iglesia. Como es sabido, lo que aconteció fue esto último con el riesgo de que la ortodoxia se desestabilizó y ciertas lecturas de ella que rozaban la herejía facilitaron su ampliación y adaptación, siendo todo esto un adelanto a lo que sucedió con la Reforma protestante posterior. Todos estos quehaceres nos llevan al siglo XIII, donde el perfecto orden de la Edad Media se trastoca. Es éste el momento de la creación de la Universidad como concepto académico y la llegada a Europa de Aristóteles. Una gran ebullición de ideas germina en el nacimiento de diversas órdenes religiosas y la situación interna de la Europa cristiana occidental de la época desembocó en la creación de dos órdenes principales: los dominicos y los franciscanos. Veámoslas:

Los dominicos, también llamados “Orden de Predicadores”, por su interés en usar la predicación como medio para expandir la fe verdadera, es una de las órdenes mendicantes que surgieron a raíz de la nueva sociedad urbana de la época a principios del XIII. Cuando el fundador de los dominicos, Domingo de Guzmán, quiso enfrentarse a las ideas herejes de los denominados cátaros o albigenses, consideró imprescindible hacerlo con la creación de un grupo que debía predicar la pobreza y llevar una vida muy asceta a la vez que combinara una excelente erudición científica, filosófica y religiosa. De hecho, para acabar con la herejía cátara no dudaron en intentar cristianizar a Aristóteles —obra referente para los cátaros—, a pesar de que no será hasta Tomás de Aquino cuando se logra sintetizar cristianamente al estagirita. Tras combatir esta herejía local, los dominicos pasaron a convertirse en los principales rivales de todas las herejías en territorio cristiano y de todo paganismo, caracterizándose por ser una organización móvil y controlada por un único centro. Por otra parte, la orden de los franciscanos, también conocidos como Orden de los Frailes Menores, surge de la reacción a la violencia y relajación de las costumbres debidas



al florecimiento del comercio y de las ciudades, en general, en el siglo XIII. Su líder, Francisco de Asís, no dudó en personificar su lucha frente al mundo cambiante. Constituyó una Regla o norma de conducta para sus monjes, pero concediendo más libertad y depositando mucha responsabilidad en sus seguidores y en donde la pobreza que propugnaba era mucho mayor que la de los dominicos. Estos dos grupos resultan muy característicos de la época. Mientras ambos se dedican al mundo —responden ante el Papa con las consiguientes rivalidades entre obispos y clero regular, se ubican en las ciudades y su apostolado es la gente de ciudad—, no coinciden en su planteamiento inicial: el primero prioriza su formación intelectual y erudición para enfrentarse a la herejía desde la razón de la fe y el segundo considera vital dar ejemplo con sus vidas del mensaje cristiano.

Una mención especial, de acuerdo con el propósito de hablar de los primeros misioneros españoles en China, es presentar dos órdenes mendicantes más: los agustinos y los jesuitas. La primera de ellas, fundada por el Papa Inocencio IV por la necesidad de unificar las comunidades religiosas en la región de la Toscana (Italia), se instaura en 1224. Es fiel a la Regla de San Agustín. Su aspecto, su dedicación a Dios y su compromiso con la religión los caracteriza y, con todo, proclaman un respeto y un seguimiento fiel a la figura papal. Por su parte, la orden de los jesuitas, o Compañía de Jesús, es fundada por San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, entre otros, en 1534. De elemental carácter educativo, social, intelectual y misionero, presenta como sus compañeras mendicantes una estrecha relación con la figura papal. Es característica de sus integrantes la erudición tanto religiosa como científica, y una peculiar actividad espiritual, basada en determinados ejercicios espirituales diseñados por sus fundadores, que constituye una parte esencial de su particular relación con el fenómeno religioso. Entre sus prioridades se encuentra la santa tarea de propagar la fe católica por el mundo.

Llegados a este punto, es en este contexto en el que debemos entender las migraciones hacia Oriente, concretamente a China, de personajes cuya hazaña les ha valido ocupar un privilegiado lugar en la Historia —como es el caso de Marco Polo (1254-1324)— y de no pocos representantes de órdenes mendicantes cristianas de toda Europa —los franciscanos Juan de Plano Carpini (1182-1252) y Guillermo de Rubruck o el jesuita Matteo Ricci (1552-1610)—. En el caso de los españoles hemos de subrayar el descubrimiento de América como un hito insalvable. Descubrimiento motivado por la necesidad de encontrar una nueva vía para llegar a Oriente, este principal objetivo, no obstante, no fue abandonado y diferentes descubridores y viajeros conservaron la idea de llegar al mítico y marcopoliniano país de Catay. En esta línea podemos repasar la Historia y recordar que en 1519 el portugués Fernando de Magallanes, al servicio del rey de España y acompañado por el marino español Juan Sebastián Elcano, pretende dar la vuelta al mundo. En 1521 descubre lo que bautizan como Filipinas y esta colonia española se transforma en una auténtica plataforma desde la que dirigirse a toda Asia. Incluso se barajan opciones de conquistar nuevos territorios, pero el desastre de la Armada Invencible desinfla dichos planes de expansión. A pesar de ello, y a partir del segundo viaje a Filipinas —la expedición del almirante Legazpi, 1565—, estas travesías incorporaron a religiosos, concretamente agustinos, siendo éstos los primeros en establecerse en Filipinas, destacando aquí al guipuzcoano Andrés de Urdaneta (1508-1568) excepcional cosmógrafo; el pamplonés Martín de Rada (1533-1578), uno de los primeros españoles en llegar a China, para muchos el primer europeo en dominar en cierto grado la lengua china y, según las últimas investigaciones, el primero en identificar el Catay de Marco Polo con la China actual; y el riojano Juan González de Mendoza (1545-1618) que desde México escribe *Historia del Gran reino de*



la China, obra que realizó sin estar nunca en China ni en Filipinas, pero que, reuniendo información de todo cuanto se sabía de aquellos territorios, constituyó una auténtica obra maestra de la época.

La historia de los franciscanos españoles en Asia Oriental también pasa por la colonia española. Siguiendo los pasos de sus compañeros agustinos, en 1578 llegaron los primeros franciscanos a Manila. Era un grupo de quince integrantes, y ya al año siguiente planearon su viaje a China. Cuatro fueron los integrantes de este primer grupo: Pedro de Alfaro, Agustín de Tordesillas, Sebastián de San Francisco y Juan Bautista Lucarelli. Teniendo que apoderarse de una embarcación porque no obtuvieron la autorización del Gobernador, emprendieron un viaje curioso porque su llegada fue al puerto de Cantón, ciudad sin puerto al mar. Los portugueses de Macao, al conocer esta noticia, no dudaron en tacharlos ante las autoridades chinas de espías, a pesar de que les ofrecieron ayuda. Finalmente, tras una estancia en Auhea para entrevistarse con el virrey, volvieron a Filipinas. A partir de ahí fueron diversos los viajes desde Filipinas y con ello se promovió una puerta de entrada que otros misioneros utilizaron. Entre ellos debemos mencionar, con especial recuerdo, a Martín Ignacio de Loyola. Entre estos primeros grupos llegó el primer jesuita español Alonso Sánchez que, junto a un nuevo grupo de franciscanos y ante los impedimentos de los portugueses desde Macao, tuvo que quitarse la idea de llegar a China y se dirigió a Japón.

Hablar de los jesuitas españoles en China es, obligatoriamente, mentar a uno de sus fundadores, Francisco Javier, quien fue el auténtico iniciador de las misiones en Oriente. Estableciéndose inicialmente en Goa en 1542, alcanzó tierras japonesas y dedicó toda su vida a la expansión de la fe católica allí donde estuvo. Inicialmente se le reconoce la responsabilidad de haber diseñado las directrices de expansión del cristianismo que luego usaría el jesuita italiano Alexandro Valignano para seguir con su labor y que, a su vez, transmitió a Michele Ruggieri para que se encargase de dirigir dicha expansión. Ruggieri partió de Lisboa dirección Macao a petición de Valignano, y lo hizo acompañado de 12 jesuitas más en 1578. Uno de sus compañeros era el teólogo Matteo Ricci, que se ordenará sacerdote en Conchín (1580), quien, combinando su formación religiosa con el estudio de la lengua china, se prepara para iniciar su excepcional aventura de científico, religioso, misionero y sinólogo en China. Llegados a este punto, hemos de mencionar posiblemente al jesuita español más importante: Diego de Pantoja. Compañero en Pekín de Matteo Ricci (1600) durante diez años, nuestro representante español también alcanzó un elevado reconocimiento como científico, y aunque recientemente han aparecido varios estudios sobre él, su legado queda a la espera de nuevas investigaciones. Otros nombres propios españoles jesuitas son: Francisco Pérez, Jose Ramón Arxó y Juan Antonio de Arnedo.

Los dominicos españoles, por su parte, llegaron también a Filipinas, siendo los últimos de las cuatro órdenes religiosas en alcanzar estas tierras. El atractivo de poder predicar la sagrada palabra a las gentes de China fue el acicate que inspiró a estos misioneros a lanzarse a la aventura de llegar a China. De hecho, a su llegada los dominicos se encontraron con que nadie de las otras órdenes había podido establecerse en territorio chino, limitándose a predicar en las islas. Según las crónicas, el primer dominico en llegar a China lo hizo en el siglo XIII y fue San Jacinto de Polonia. Sin embargo, para nuestros intereses debemos señalar el año de 1587 como la primera ocasión en la que dominicos españoles llegaron a tierras chinas, curiosamente, desde México y no desde Filipinas. Los posteriores intentos desde las islas también fracasarían hasta que el italiano Ángel Cocchi consiguió superar las dificultades impuestas por los portugueses de Macao. En esta ardua tarea de alcanzar tierras chinas debemos nombrar, especialmente, a Juan



Cobo, Domingo de Salazar y a Domingo Fernández Navarrete, de entre los numerosos nombres propios de esta empresa.

Planteada y revisada la relevante aportación española en la actividad misionera en Asia de unas y otras órdenes, podemos concretar la aportación valenciana a esa época de cristianización y destacar sobre todos los nombres a quien consideramos como probablemente el primer valenciano en conocer varias lenguas nativas filipinas, así como también la lengua china: Esteban Ortiz. Franciscano de oficio y valenciano de procedencia —aunque se desconoce su localidad natal—, al igual que muchos otros de sus compañeros misioneros, se sirvió de una estancia misionera en México para, usando el punto de partida hacia las misiones orientales del puerto de Acapulco, dirigirse y emular a Francisco de Asís. Toda la historia de los misioneros valencianos en Oriente tiene un nexo común en Filipinas. Tanto Pedro Muñique como nuestro protagonista llegarían en 1577 a Filipinas. Siendo la tarea del primero la de establecerse en tierras filipinas y ocupándose de una importantísima labor de evangelización, desempeñaría con celo su cargo de guardián del convento de San Francisco en Manila. Esteban Ortiz se caracterizó por una mayor inquietud en el aprendizaje de las lenguas. Ya en su estancia en México aprendió la lengua mexicana para utilizarla como medio de evangelización y de transmisión cristiana, pero donde sacó un mayor provecho a esa capacidad de aprendizaje fue a su llegada a Filipinas, donde aprendió varios idiomas. Cuando en 1572 el explorador novohispano Juan de Salcedo, nieto del almirante Legazpi, exploró el noreste de la mayor isla del archipiélago filipino, Luzón, conocida como “Nueva Castilla”, descubrió la actual provincia de Aurora, la cual fue asignada a los franciscanos, potenciando la recepción de misioneros amantes de su vocación. El valenciano Esteban Ortiz fue el primer misionero en llegar a este territorio —instalándose en Baler— que recorrió a pie en 1578, y se convirtió en el primer apóstol de la fe cristiana en la isla de Mindoro, al suroeste de Luzón. Fue tan comprometida su labor, que en la provincia de Batangas fundó Balayán, y tan activa su convivencia con las gentes del lugar y serio su compromiso con aquellas tierras, que rápidamente aprendió a hablar tagalo, ilocano, visaya e incluso chino. Desafortunadamente, su muerte se produjo a los pocos años de permanecer en aquellos lugares, según algunos en 1582, según otros, en 1583. No obstante, su labor es recordada por los habitantes de aquellas tierras, y por esta actividad podemos considerarlo el primer valenciano pionero en lenguas y culturas asiáticas.

Una mención especial merece Bartolomé Ruiz, quien llegando a Filipinas un año más tarde que Esteban Ortiz, en 1578, se instaló en la provincia de Camarines, al sur de la ubicación del primero, y creó un puesto misional junto a Pablo de Jesús. Bartolomé Ruiz profesó un activo compromiso misional: dos años por la Cochinchina, Japón, etc. Este valenciano alcanzó los 100 años de edad y se convirtió en un apreciado lingüista, manejándose en chino, bicol, log japonés, cochinchino y tung-chino.

Junto a los tres mencionados, no podemos olvidarnos de Antonio de Villanueva. A pesar de que su origen despierte polémica, puesto que para algunos fue natural de México y para otros no cabe duda de que fue valenciana su procedencia, resulta, no obstante, un personaje importante para recordar la historia de aquella época. Aceptando que fuera valenciano, estaríamos ante el primer valenciano que llegó a tierras chinas. Alcanzando tierras filipinas desde México en 1581, un año más tarde salió en dirección a Macao pero, erróneamente, llegaría a la actual provincia china de Fújiàn. Allí fue encarcelado hasta su muerte en la actual Guǎngdōng, tras pasar por numerosas cárceles y perder la salud en ellas. Su cuerpo fue devuelto a Macao por intercesión privada de un caballero portugués para su cristiana sepultura.



Juan Oliver, natural de la ciudad de Valencia, fue otro religioso de marcado sentido humanístico que alcanzó el destino filipino a través de México, en 1582. Rápidamente, se convertiría en Comisario General de aquellas misiones. Murió en 1594, en la provincia de Camarines. Junto a él, otros valencianos como Vicente Valero o Francisco Marín formaron parte de múltiples expediciones posteriores a Filipinas. Todos dieron sus vidas por sus creencias y constituyen los primeros representantes valencianos en aquellas tierras.

BIBLIOGRAFÍA

A. ABAD, 'El archivo franciscano Ibero-Oriental: Historia y fuentes orientales' en *Actas del Simposio Internacional 'El Extremo Oriente asiático'*, Madrid, 1988.

C. ALONSO, *Primer viaje misional alrededor del mundo (1542-1549). Una gesta agustiniana*, Estudio agustiniano, Valladolid, 1989.

A. M. CASTRO, *Misioneros agustinos en el extremo Oriente 1562-1780*, Madrid, Ediciones Jura, 1954.

J. A. CERVERA, *Ciencia misionera en Oriente*, Zaragoza, Seminario de Historia de la Ciencia y de la Técnica de Aragón-Facultad de Ciencias, 2001.

P. D'ELIA, *The Catholic Missions in China. A short sketch of the History of the Catholic Church in China from the earliest records to our own days*, The Commercial Press, Shanghai, 1934.

J. FERRANDO, *Historia de los PP dominicos en las islas Filipinas y en sus misiones del Japón, China, Tung-Kin y Formosa*. 6 volúmenes, M. de Rivadeneyra, Madrid, 1870.

J. GERNET, *Chine et Christianisme, action et réaction*, Gallimard, Paris, 1982.

E. HAINBAT, *Itinerario universal de Francisco de Javier*, Nafarroako Gobernua, Iruña, 2002.

B. IBÁÑEZ, *Las misiones franciscanas en China. Cartas, informes y Relaciones del Padre Buenaventura Ibáñez (1650-1690)*, Serie Biblioteca Hispana Missionum, 5., Estanislao Maestre Editor, Madrid, 1933.

P. LECRIVAIN, *Les missions jésuites, pour une plus grande gloire de Dieu*, Gallimard, Paris, 1992.

B. NURSIA, *Regla de los monjes*, Francisco Javier Molina de la Torre (trad.), Sígueme, Salamanca. 2006.

E. OLTRA, *Franciscanos valencianos en América y Filipinas*, Generalitat Valenciana-Consell de Cultura, Quart de Poblet, 1995.

